

equivale a la segunda del *DRAE*; quizá asimismo la tercera acepción de *dialecto* que trae el propio *DRAE* de 1992 debiera tenerse también presente. A su vez el Diccionario académico carece de las acepciones segunda y tercera que de *dialecto* de este *Diccionario del español actual*.

Apenas hemos hecho sino saludar la aparición en el mercado de esta esforzadísima obra de Manuel Seco, Olimpia Andrés y Gabino Ramos, obra hecha en la estela del maestro Rafael Lapesa (a quien está dedicada), y con las mejores virtudes suyas: rigurosidad, honestidad y silencio alejado de las vanidades mundanas. Por muchos motivos el *Diccionario del español actual* constituye una obra ejemplar, y de entre las de alto relieve en la filología española del siglo XX. Personalmente deseamos además tomar como pretexto la aparición del Diccionario, para manifestar nuestro respeto intelectual y moral a su director.

FRANCISCO ABAD

VIDAL CLARAMONTE, M.^a DEL CARMEN ÁFRICA, *El futuro de la traducción*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1998, 168 pp.

Dicen los más apocalípticos que, tras la deserción de los Grandes Relatos, nuestra época es una de precariedad

y aturdimiento; que nuestro pensamiento, contagiado de una atmósfera caprichosa e incierta, sufre de inestabilidad y tambaleos. No obstante, según otra lectura —u otro diagnóstico—, nuestra conciencia crítica habría ido mejorando con el devenir del siglo. Por lo menos, se le han ido administrando curas, curas de humildad, con las que atajar un estado de falsa euforia ilustrada, de dudosas seguridades y ficticia entereza. Primero se trató, con electrochoques posmodernos, la metástasis totalizadora que se había apoderado de los valores, otrora absolutos, como Sujeto, Verdad o Historia. Después llegó la terapia del habla: con el «giro lingüístico» supimos que todos nuestros males, a fin de cuentas, tenían su remedio en el lenguaje. No en vano ya coreábamos desde hacía tiempo que también allí tenían su inicio: en el principio, decíamos, fue el Verbo. Más tarde llegó Derrida preguntándose si es que alguna vez hubo principio. En todo caso, parecía concluir este autor cuando otros anunciaban la «derrota del pensamiento», en el principio no habría sino diferencia, huellas, las huellas de otras huellas y, más que *Logos*, traducción. De ahí que el estudio de la traducción, para quienes buscan reanimar el pensamiento, adquiera una importancia considerable; de ahí que el estudio de la traducción, por otra parte, se convierta en una empresa en buena medida filosófica.

Así lo entiende M.^a del Carmen África Vidal Claramonte, quien, en su último libro, *El futuro de la traduc-*

ción, percibe que los retos a los que se enfrenta la relativamente reciente disciplina de los estudios de traducción corren parejos a los que acucian al pensamiento en general, al situarse en la encrucijada que forman, por una parte, el reconocimiento post-estructuralista de la invalidez de las filosofías fuertes edificadas sobre nociones absolutas y, por otra, la escasa sostenibilidad, en lo práctico y en lo ético, de la extrema aplicación de esa desconfianza, de un relativismo acrítico. Por lo expuesto quizá ya se haya adivinado que esta empresa filosófica, como la hemos calificado, que acomete la autora exhibe una baza que, curiosamente, se echa hoy en falta en la filosofía contemporánea, como es la conciliación de la valentía y el arrojo intelectuales —que, dicho sea de paso, derrocha esta obra— con un talante constructivo o reconstructivo, edificante. En *El futuro de la traducción*, Vidal lleva al campo de los estudios interculturales una máxima que viene aplicando, en algunas de sus numerosas publicaciones, a la literatura (por ejemplo en *Hacia una patafísica de la esperanza. Reflexiones sobre la novela posmoderna*, 1990), la crítica (como en *Futuro anterior. Reflexiones filológicas sobre el fin de siglo*, 1994), los estudios sobre el género (como ilustra *Abanicos excéntricos: la mujer en la cultura posmoderna*, coeditada con Teresa Gómez Reus en 1995) o la metateoría (como se comprueba en *Y después del postmodernismo ¿qué?*, coeditada con Rosa M.^a Rodríguez

Magda en 1998). A saber, que el sacrificio de los Grandes Relatos merece la pena sólo a medias si acaba en la parálisis y no se acompaña de una voluntad restauradora y decidida a seguir adelante, a desenredar el futuro. Por una regla de tres inversa, esta nueva obra de África Vidal merece doblemente la pena, pues, de aliarnos con Derrida, se ve proyectada reincidentemente en lo venidero. Si en el principio no había sino traducción, ¿qué otra cosa puede depararnos lo siguiente? El futuro, como el principio, ya lo sugiere el título de esta obra en una lectura encubierta, es de la traducción.

Para ello, no obstante, hay que purgar la traducción, o la reflexión sobre ella, de las rémoras que la atan al pasado, o, mejor dicho, que la paralizan en tópicos metafísicos vacuos. Como de ello se hace eco este libro, ciertamente, el fin de los Grandes Relatos lleva aparejado en los estudios de traducción el derrumbe de otras cuantas Grandes Palabras cuyo significado nadie cuestionaba en la reflexión traductológica tradicional. Así, según expone la autora en el primer capítulo, el lenguaje ve resquebrajarse la pátina de neutralidad con que tradicionalmente se ha recubierto. La «equivalencia», como explica en las páginas dedicadas al concepto de «norma», pasa de ser un ideal categorico, impositivo e inalcanzable a una cualidad predicada, aun con matizaciones, de todo acto de traducción, y de evaluarse en función de la «fidelidad» a ponerse en relación con unos

modelos social y culturalmente definidos. La «fidelidad», por su parte, y como queda de manifiesto en las teorías feministas de la traducción que se explican en el séptimo capítulo, deja de entenderse en términos absolutos y termina por mostrar su complicidad con unas opciones ideológicas y poéticas determinadas. A todo esto, el «autor», el «original» o el «sentido» con que antes se matizara esa «fidelidad» para responder a quienes, anticipándose a la sospecha generalizada en el post-estructuralismo, osaran puntualizar que ser fiel es siempre a algo y en perjuicio de otras cosas han quedado invalidados como respuesta. Como colegimos de los epígrafes dedicados a la desconstrucción, la hermenéutica o la herencia de la escuela de la manipulación, que profundizan en las ideas que ya planteara la autora en *Traducción, manipulación, desconstrucción* (1995), estas categorías anteriormente unitarias caen víctimas—cierto, además de los escritos de Derrida, Barthes o Foucault, a quien se apela en este volumen— del mismo mal de aluminosis ontológica que el resto de grandes nociones.

El propio concepto tradicional de «traducción» se somete a este proceso crítico, cuasi catártico: lejos de la mirada cándida e ingenua del ojo lego que conceptualiza la traducción como una mera metamorfosis lingüística, como un proceso inocente de reproducción íntegra del original, M.^a del Carmen África Vidal apuesta por las teorías interculturales de la traducción,

que inscriben esta actividad en el complejo tráfico comunicativo entre culturas, donde además de palabras—como ya pusiera de manifiesto el significativo título de la antología de artículos que coeditara con Román Álvarez en 1996, *Translation, Power, Subversion*—entran en juego intrincadas cuestiones de ideología, representación cultural, instituciones políticas y simbólicas, y enredadas relaciones de poder. El cambio, a todas luces, es a mejor. Frente a las idílicas concepciones en que acostumbramos a regodearnos los indefensos lectores, con el enfoque intercultural que esta monografía explica, suscribe y expande ganamos desde luego en interés. Y si bien el trasfondo teórico en sí, hay que reconocerlo, es más prosaico que el que ofrecen las teorías tradicionales de la traducción, África Vidal demuestra que lo consciente no está reñido con lo bello. Otro de los propósitos a los que parece encomendarse este libro es la composición de nuevas metáforas, de nuevas alegorías verbales que esclarezcan poéticamente el verdadero alcance de la comunicación intercultural, y que guíen al traductor—y todos somos en cierta medida traductores— en la voluntad de conducir responsablemente la relación que entabla toda traducción con el Otro, con quien contrae un compromiso ético.

De hecho, ya lo anunciábamos, la desmitificación que acomete Vidal no descansa tras derruir el armazón idealista y metafísico que sostiene el constructo imperante de traducción. Lo que es más, en un paradigma donde,

ya lo hemos visto, se hace imposible encomendarse a un ideal de Verdad o Bien que confiera validez universal (o la posibilidad de reivindicarla) a la práctica de la traducción, esta obra prosigue hasta atisbar las posibilidades de articular una ética traductora. Y, con Foucault, el mismo autor con quien se había aliado la autora para dejar al desnudo la pequeñez de las Grandes Palabras de la traductología, vuelve a vestir el concepto de traducción hasta poder postularlo, como reza en la Introducción, como «un acto de comunicación intercultural, un acontecimiento que desea fusionar horizontes, llegar al Otro, amarlo, como dice Cixous, aun sin entenderlo». Paradójicamente, arropar esta noción exige un nuevo desnudo: el del propio traductor, el del intelectual, el del lector, el del individuo, si llega el caso,

que debe desprenderse –hacer un examen crítico, acometer un *desaprendizaje*, que diría Spivak– de sus propias certidumbres; en cierto modo, y por volver al comienzo de nuestra argumentación, desertar de sus propios Grandes Relatos. Desde luego, si uno no quiere reconocer su pereza –da pereza cuestionar las certezas particulares–, puede sumarse a la queja de los apocalípticos de que la nuestra es una época de inestabilidad y tambaleos. Si uno siente cierta curiosidad intelectual y el hormigueo de un temperamento crítico, será incapaz de sustraerse al reto que M.^a del Carmen África Vidal Claramonte plantea en *El futuro de la traducción*: el de traducir, el de acercarse al Otro, con un talante ético.

M. ROSARIO MARTÍN RUANO